

Mira Milosevich

# El imperio zombie

Rusia y el orden mundial



«Al analizar la nostalgia imperial, Mira Milosevich ofrece una explicación perdurable de la actual deriva autoritaria de Rusia y de la alteración violenta del orden mundial.»

JUAN PABLO FUSI

«Churchill dijo de Rusia: “Rusia es un acertijo, envuelto en un misterio, dentro de un enigma”. Mira Milosevich aporta claves esenciales para descifrar los intereses y retos geoestratégicos que anidan en las nostalgias imperiales del Kremlin.»

ANA PALACIO

---

MIRA MILOSEVICH

# El imperio zombi

Rusia y el orden mundial

Galaxia Gutenberg

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2024

© Mira Milosevich, 2024  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona  
Depósito legal: B 61-2024  
ISBN: 978-84-19738-90-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

*A Íñigo Branko Juaristi Milosevich,  
este libro sobre el mundo de ayer y el que viene*

---

## Índice

Agradecimientos. . . . .	13
Introducción y conceptos clave. . . . .	15

### PRIMERA PARTE.

#### EL COLAPSO DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

El legado del Imperio ruso . . . . .	52
La estructura política y territorial de la Unión Soviética . . . . .	57
Las decisiones de Mijaíl Gorbachov: el Nuevo Pensamiento político, la <i>Glásnost</i> y la <i>Perestroika</i> . . . .	64
La implosión del Imperio comunista. . . . .	68
La estructura política y territorial de la Rusia actual. . . . .	77
La frontera interior: el Cáucaso Norte . . . . .	83

### SEGUNDA PARTE.

#### LA IDENTIDAD NACIONAL RUSA, ENTRE IMPERIO Y NACIÓN

Identidad nacional: la Rus de Kiev . . . . .	90
Identidad imperial y mesianismo ruso: Moscovia como la Tercera Roma . . . . .	94
Tres escuelas de la identidad nacional rusa: occidentalizadores, eslavófilos y euroasianistas . . . . .	100

La Iglesia ortodoxa rusa . . . . .	103
Las raíces del antioccidentalismo político ruso . . . . .	105
La invención de Rusia y la Europa del Este por los viajeros occidentales en los siglos XVII y XVIII . . . . .	106
La percepción occidental de Rusia en el siglo XIX . . . . .	112
La percepción rusa de Occidente en los siglos XVIII y XIX . . . . .	113
La guerra de Crimea (1853-1856): el palimpsesto de la desconfianza . . . . .	118

### TERCERA PARTE.

#### REVISIONISMO DE LA IDENTIDAD Y DE LAS FRONTERAS

La revisión de la identidad nacional . . . . .	130
Los compatriotas . . . . .	132
Santa Rusia y el mesianismo de la Iglesia ortodoxa rusa en el siglo XXI . . . . .	138
La identidad estatal y nacional rusa después de la guerra en Ucrania . . . . .	149
Revisionismo de las fronteras . . . . .	152
¿Una nación y tres Estados?: Rusia, Bielorrusia y Ucrania . . . . .	154
La guerra en Ucrania de 2014: «no hay una solución militar» . . . . .	161
La guerra en Ucrania de 2022: una guerra convencional . . . . .	164
El Cáucaso Sur (Armenia, Azerbaiyán, Georgia) . . . . .	173
Asia Central (Kazajistán, Uzbekistán, Kirguistán, Turkmenistán, Tayikistán) . . . . .	177
La identidad soviética sin fronteras: el Regimiento Inmortal ( <i>Bessmertniy Polk</i> ) . . . . .	180

---

CUARTA PARTE.  
REVISIONISMO DEL ORDEN MUNDIAL

La política exterior del Imperio zarista . . . . .	195
La política exterior de la URSS . . . . .	198
La política exterior de la URSS durante la Guerra Fría . . .	201
La política exterior rusa tras la Guerra Fría . . . . .	206
Rusia en las instituciones internacionales . . . . .	216
La ampliación de la OTAN . . . . .	221
Las invasiones de Ucrania, un ejemplo de la revisión del orden liberal internacional . . . . .	226
El papel de Rusia en el proceso de reconfiguración del orden mundial . . . . .	233
Rusia y China: «No siempre juntos, pero nunca enfrentados» . . . . .	238
¿Una nueva Guerra Fría? . . . . .	245
Epílogo . . . . .	251
Bibliografía . . . . .	255

---

## Introducción y conceptos clave

*El imperio zombi* representa la continuidad lógica de *Breve historia de la Revolución rusa* (Galaxia Gutenberg, 2017), mi libro anterior, en el que intenté demostrar que la mejor manera de entender la Revolución bolchevique y sus consecuencias para la Unión Soviética y para el orden internacional no consistía en verla como un hecho histórico concluido, sino como un ciclo que todavía no ha terminado. Tanto la URSS como la Rusia de Vladimir Putin han de verse como potencias revolucionarias y revisionistas con el objetivo irrenunciable de cambiar el orden internacional establecido. El Imperio zarista, que se construyó entre los siglos XV y XIX, se desintegró en 1917. El soviético, que le sucedió desde 1922, desapareció setenta años después, tras el colapso del comunismo. La Rusia actual es un *imperio zombi*, un difunto que, de una forma u otra, intenta volver a la vida.

En la última frase de *Breve historia de la Revolución rusa* afirmaba que «las batallas internacionales venideras no se darán entre democracia y comunismo como durante la Guerra Fría, sino que tendrán un sesgo geopolítico y se librarán, por la influencia de dos modelos políticos, entre el liberalismo occidental y el “iliberismo” ruso». La invasión rusa de Ucrania refleja el fracaso de Rusia en convertirse en un Estado-nación que renuncia al imperio y prueba la hipótesis principal: que la revolución todavía no ha terminado. La guerra en Ucrania ha demostrado cuál es el poder militar de Rusia, y también ha supuesto el regreso al enfrentamiento entre las grandes potencias. La división entre Occidente y el *Resto*, como lo definió el historiador británico Niall Ferguson,

ya en 2011, en su libro *Civilization: the West and the Rest*, se ha hecho más visible.<sup>1</sup> Lo prueban los siguientes datos: desde febrero de 2022, la Asamblea General de las Naciones Unidas (AGONU) ha celebrado cinco sesiones significativas sobre la guerra en Ucrania. La primera, en marzo de 2022, para condenar la invasión, en la que 141 países de los 193 miembros de la ONU votaron por reafirmar la soberanía de Ucrania y exigir una retirada rusa incondicional, 5 lo hicieron en contra y 35 se abstuvieron.<sup>2</sup> En la segunda votación, en abril de 2022, la AGONU votó para excluir a Rusia del Consejo de Derechos Humanos (CDHNU).<sup>3</sup> El resultado de la votación fue el siguiente: 93 países votaron a favor, 24 en contra y 58 se abstuvieron. En octubre de 2022 se votó para rechazar la anexión de territorios ucranianos: 143 países votaron a favor, 5 en contra y 35 se abstuvieron.<sup>4</sup> En noviembre de 2022, en una votación para exigir a Rusia reparaciones a Ucrania, 94 países estuvieron a favor de la propuesta, 14 en contra y 73 se abstuvieron.<sup>5</sup> En febrero de 2023 se votó de nuevo para «exigir la paz»: 141 votaron a favor, 7 en contra y 32 se abstuvieron.<sup>6</sup> Aun-

1. Niall Fergusson, *Civilization. The West and the Rest*, Londres, Penguin Books, 2011.

2. United Nations, «General Assembly Resolution Demands End to Russian Offensive in Ukraine», *UN News*, 3 de marzo de 2022, <https://news.un.org/en/story/2022/03/1113152>.

3. United Nations, «UN General Assembly Votes to Suspend Russia From the Human Rights Council», *UN News*, 7 de abril de 2022, <https://news.un.org/en/story/2022/04/1115782>.

4. United Nations, «Ukraine: UN General Assembly demands Russia reverse course on 'Attempted Illegal Annexation'», *UN News*, 12 de octubre de 2022, <https://news.un.org/en/story/2022/10/1129492>.

5. United Nations, «General Assembly Adopts Resolution on Russian Reparations for Ukraine», *UN News*, 14 de noviembre de 2022, <https://news.un.org/en/story/2022/11/1130587>.

6. «Principles of the Charter of the United Nations underlying a comprehensive, just and lasting peace in Ukraine: resolution / adopted by the General Assembly», United Nations Digital Library, 23 de febrero de 2023, <https://digitallibrary.un.org/record/4003921?ln=en>.

que hay una mayoría abrumadora que condena la invasión y está a favor de la integridad territorial de Ucrania, es más flexible a la hora de castigar a Rusia explícitamente o de votar que Rusia pague reparaciones.

Sin embargo, el resultado de la votación de la AGONU del 23 de octubre de 2023, sobre «la cesación de las hostilidades en Gaza», refleja una división diferente: 120 países votaron a favor, 14 en contra y 45 se abstuvieron. Lo llamativo es que estos resultados reflejan una fractura del bloque occidental: cuatro países de la Unión Europea votaron en contra, junto con Israel y Estados Unidos, quince se abstuvieron y ocho (entre ellos España) votaron a favor de la resolución en el mismo sentido que China y Rusia.<sup>7</sup>

Un estudio reciente realizado por el Centro para el Futuro de la Democracia de la Universidad de Cambridge revela que la guerra en Ucrania ha ampliado la brecha global en las actitudes públicas hacia Estados Unidos, China y Rusia, y que el mundo se ha dividido en esferas liberales y no liberales. Entre los 1.200 millones de personas que viven en las democracias liberales del mundo, tres cuartas partes (75 %) tienen ahora una opinión negativa de China, y el 87 % una opinión negativa de Rusia. Sin embargo, para los 6.300 millones de personas que viven en el resto del mundo, el panorama es el inverso: el 70 % tiene una opinión positiva de China y el 66 % de Rusia.

Rusia ha perdido su apoyo «marginal» dentro de las democracias occidentales. A lo largo de la última década, la proporción de ciudadanos occidentales con una opinión positiva de Rusia ya había caído de dos de cada cinco (39 %) a menos de una cuarta parte (23 %) en vísperas de la invasión de Ucrania en 2022, y ahora se sitúa en sólo uno de cada ocho (12 %). Rusia también ha perdido «puntos de influencia» entre los países europeos que antes simpatizaban con ella, como Grecia (del 69 % al 30 % de simpatizantes), Hungría (del 45 % al 25 %) e Italia (del 38 % al

7. «UN General Assembly adopts Gaza resolution calling for immediate and sustained 'humanitarian truce'», <https://news.un.org/en/story/2023/10/1142847>.

14 %). A pesar de los esfuerzos rusos por fomentar la desinformación y los vínculos con partidos extremistas, el país goza de escaso apoyo en el electorado occidental. Sin embargo, donde Rusia tiene verdadera influencia internacional es fuera de Occidente. El 75 % de los encuestados en el sur de Asia, el 68 % en el África francófona y el 62 % en el sudeste asiático siguen viendo positivamente al país a pesar de los acontecimientos de este año.<sup>8</sup>

Tanto las votaciones de la AGONU como la investigación de la Universidad de Cambridge, así como el hecho de que sólo el 16 % de la población mundial (la que produce el 61,2 % del PIB mundial) haya impuesto sanciones económicas a Rusia,<sup>9</sup> reflejan que hay una nueva realidad geopolítica y que se está produciendo una acelerada reconfiguración del orden mundial, el cual se caracterizaría por la aparente consolidación de lo que los analistas rusos denominan «Occidente Colectivo» (países que forman parte de la relación transatlántica, la OTAN y Corea del Sur, Japón, Australia y Nueva Zelanda) y la fragmentación del resto.

Desde el final de la Primera Guerra Mundial, el orden mundial lo han determinado las decisiones de tres presidentes estadounidenses: Woodrow Wilson, que en 1917 afirmó que había que construir un nuevo orden mundial y hacerlo de manera que fuera «seguro para la democracia»; Harry Truman, que en 1961 respondió así a una pregunta de Henry Kissinger acerca de qué era lo que más le enorgullecía de su mandato: «Que derrotamos por completo a nuestros enemigos y luego los trajimos de vuelta a la comunidad de naciones»; y el presidente Bill Clinton, que en 1994 sostuvo que el orden mundial posterior a la Guerra Fría debería basarse en una «sustitución de la contención del comunis-

8. *A World Divided: Russia, China and the West*, Cambridge University, 20 de octubre de 2022. <https://www.bennettinstitute.cam.ac.uk/publications/a-world-divided/>.

9. Mark A. Green, «Countries That Have Sanctioned Russia», Wilson Center, 10 de mayo de 2022, <https://www.wilsoncenter.org/blog-post/countries-have-sanctioned-russia>.

mo por la ampliación de la democracia». Las tres premisas –construir un mundo seguro para la democracia, derrotar por completo a los enemigos para luego ayudarles a volver a la comunidad de naciones y «ensanchar las democracias»– han sido pilares ideológicos del orden mundial del siglo xx, y todavía son (salvo durante la presidencia de Donald Trump) las características principales de la política exterior de Estados Unidos.

El final de la Guerra Fría, brevemente al menos, confirmó la victoria de la Doctrina Wilson. El desafío ideológico comunista y el geopolítico soviético habían desaparecido simultáneamente. La oposición moral al comunismo se había fundido con la tarea de resistir al expansionismo soviético. Pero «el momento unipolar» ha pasado. Aunque según los criterios básicos –el producto interior bruto, el gasto militar– Estados Unidos sigue siendo el país más poderoso del mundo, su influencia está disminuyendo en diferentes regiones. Al tiempo que los diferentes grupos terroristas y Corea del Norte representan problemas muy serios, las democracias liberales se enfrentan a dos nuevos desafíos: la fragmentación del orden mundial antes mencionado y el auge de las potencias revisionistas en las regiones a las que vinculan su seguridad y su prosperidad económica, y que son cruciales para la estabilidad global: Rusia en Europa, China en Asia Oriental e Irán en Oriente Medio. Se avecina una nueva era de conflictos imperialistas en Eurasia.<sup>10</sup> Las democracias liberales se enfrentan a Rusia, China e Irán –y a Turquía en menor medida, por ser miembro de la OTAN, aunque también está intentando recuperar zonas de influencia en los territorios de su antiguo imperio– no sólo por la primacía en regiones estratégicamente importantes de Europa y Asia Oriental, sino, más aún, por la configuración del orden mundial y las instituciones internacionales.

Nuestra época está marcada por la propensión de los países revisionistas a intervenir en los asuntos de países vecinos más pe-

10. Jeffrey Mankoff, *Empires of Eurasia. How imperial legacies shape international security*, New Haven y Londres, Yale University Press y CSIS, 2022.

queños, recurriendo a la fuerza militar y a *proxies* locales.<sup>11</sup> Así actúa Rusia en el espacio postsoviético; China, lo más visible, en el Mar del Sur de China; Irán en Oriente Medio y Turquía en el Cáucaso sur, como se ha visto en la guerra de Nagorno-Karabaj, donde ha estado apoyando militarmente, durante años, a Azerbaiyán. Estos países proyectan su influencia más allá de sus fronteras, en territorios que estuvieron históricamente vinculados a ellos y con los que comparten historia, religión, cultura y, muchas veces, idioma.

El desafío que los Estados revisionistas plantean al orden mundial posterior a la Guerra Fría liderado por Estados Unidos se basa en una concepción alternativa de la política internacional que excluye los principios *westfalianos* de respeto a la soberanía e integridad territorial y recurre, por el contrario, a la hegemonía derivada de las relaciones de poder históricas, culturales, religiosas o de otro tipo, en una cronología de larga duración. Las tensiones entre la reivindicación de un estatus especial por parte de los Estados posimperiales y la insistencia de Estados Unidos en que todos los Estados –salvo él mismo– se sometan a normas e instituciones codificadas por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial y universalizadas tras el final de la Guerra Fría se ha convertido en la principal línea de fractura en esta nueva era de rivalidades entre grandes potencias. Los posimperios no reconocen sus ambiciones imperiales y su fracaso en convertirse en Estado-nación. Se camuflan autodefiniéndose como «civilización». Se presentan como «civilizaciones» capaces de llevar la contraria a Occidente, justo porque han sido imperios.

Ni Rusia ni China ni Irán están satisfechos con el orden mundial liderado por Estados Unidos, pero sus intenciones de desafiar ese orden son muy diferentes. Mientras China busca una hegemonía regional y está creando un «orden mundial paralelo» a través

11. Un *proxy* es un grupo armado y financiado por un Estado que lo usa para alcanzar sus propios objetivos (geo)políticos, junto a la presión económica y otros medios, diplomáticos o no, para mantener su influencia.

de la dominación de las instituciones multilaterales, como los BRICS o el G20, Irán, aunque constreñido por su relativa debilidad económica, está trabajando para tener armamento nuclear y apoya militar, política y económicamente a milicias como Hezbolá o Hamás en Oriente Medio. Desde 2008, Rusia ha usado la fuerza militar convencional para cambiar las fronteras internacionales, primero en Georgia y posteriormente en Ucrania.

¿Cómo explicar la conducta actual de Rusia? La invasión a gran escala de Ucrania por parte de Moscú, su rivalidad explícita con la comunidad euroatlántica, sus vínculos con otras dos potencias revisionistas, China e Irán, y su intento de entablar relaciones más amplias con Corea del Norte, América Latina, la India y en toda África hacen de esta una pregunta crítica.

La Rusia actual es un Estado revisionista que reclama su imperio perdido, que no perdió por haber sido derrotada por una potencia extranjera o por la imposición de un tratado de paz. Rusia perdió su imperio en 1991 debido a una revolución e implosión internas. Su conducta actual es idiosincrásica, reflejo de su situación peculiar tras el final de la Guerra Fría. Mijaíl Gorbachov (1931-2022) renunció al «imperio exterior» de la Unión Soviética y al mantenimiento de los países satélites que formaban parte del Pacto de Varsovia en la órbita de la URSS. Esta pérdida se selló a través de una serie de acuerdos con Estados Unidos y la retirada de 400.000 efectivos que estaban desplegados en la Alemania Oriental. La pacífica desintegración del Imperio comunista se debe sobre todo a Mijaíl Gorbachov —a quien la mayoría de los rusos considera un traidor y a sus acuerdos con las exrepúblicas soviéticas como un gran error al que Rusia fue inducido—, que eligió su colapso en lugar de usar la fuerza militar para preservarlo.

El sucesor de Gorbachov, Borís Yeltsin (1931-2007), participó activamente en esa desintegración. Moscú reconoció la soberanía e integridad territorial de los nuevos Estados, antiguas repúblicas soviéticas. Es cierto que las condiciones internas de Rusia, así como las de la URSS en su conjunto, empujaron a Yeltsin a acep-

tar una serie de acuerdos que no servían a los intereses nacionales de Rusia a largo plazo. Además, Yeltsin estuvo motivado por su empeño en eliminar de la escena política a su rival político, Mijaíl Gorbachov. El orden liberal internacional es la consecuencia directa del colapso de la URSS y del final de la Guerra Fría, y el Kremlin lo percibe como muy perjudicial para Rusia, porque Moscú ha pasado de tener un papel clave junto con Estados Unidos en la arquitectura de la seguridad europea a quedarse en la periferia, reducido a una potencia regional.

Rusia fue testigo de la evolución en la posición de Estados Unidos, desde las conversaciones en las que se afirmaba que la Alianza del Atlántico Norte no se expandiría hacia el este hasta la incorporación plena de la Alemania Oriental, los Estados bálticos y los países que formaron parte del Pacto de Varsovia.<sup>12</sup> Los estadounidenses repensaron sus promesas después de la desintegración de la URSS. La Unión Europea, Estados Unidos y la OTAN decidieron entonces, por motivos políticos y estratégicos, ampliar sus estructuras de poder extendiendo las fronteras de Occidente. Como señala la profesora de la Universidad de Yale Mary Elise Sarotte en su libro 1989. *The Struggle to Create Post-Cold War Europe*, los líderes occidentales crearon un orden mundial más beneficioso para ellos, sobre todo para Alemania, porque su reunificación condicionaba su posición privilegiada en la Unión Europea, y para Estados Unidos, que tuvo la oportunidad de «ensanchar la democracia» y ampliar su influencia.<sup>13</sup> Sarotte, en su libro extraordinariamente bien documentado, demuestra que se

12. Para un detallado análisis del cambio en la posición estadounidense sobre la futura relación entre Alemania y la OTAN, incluidas las garantías verbales, no escritas, que se ofrecieron a Mijaíl Gorbachov en diferentes ocasiones, véase: George W. Bush y Brent Scowcroft, *A World Transformed*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1998, capítulos 10 y 11. También Mary Elise Sarotte, *Not One Inch. America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2021.

13. Mary Elise Sarotte, 1989. *The Struggle to Create Post-Cold War Europe*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2011.

debatieron diferentes modelos de orden internacional pos Guerra Fría, pero que los líderes occidentales se decidieron por el «modelo prefabricado», es decir, por ampliar las instituciones multilaterales que se habían creado después de la Segunda Guerra Mundial para contender a la URSS, mediante la inclusión de países que anteriormente estaban bajo control soviético. Rusia fue excluida de este orden, a causa de su rechazo a subordinarse al liderazgo de Washington. Pero es justo subrayar que sin la ayuda económica de la Unión Europea, del Fondo Monetario Internacional y sobre todo de Estados Unidos y Alemania, Rusia se habría convertido en un Estado fallido durante los años noventa del siglo xx. La Unión Europea hizo de Rusia su «socio estratégico» cuando en 1994 firmó un acuerdo de cooperación renovable. En 1996 Rusia fue admitida como miembro del Consejo de Europa, en 1998 del G8 (que se creó como tal para incluir a Rusia, dado que existía como G7), y en 2012 de la Organización Mundial de Comercio.

La implosión de la URSS ocurrió tan de repente que no hubo tiempo para manejar y negociar los desafíos que planteaban el estatus de los rusos étnicos en las repúblicas postsoviéticas o de los no rusos dentro de la Federación Rusa. La propia identidad de Rusia había colapsado, tan determinada por la Segunda Guerra Mundial. Las ideas sobre democracia y libertad fracasaron cuando colapsó la economía rusa a finales de los noventa, por haber sido identificadas con el capitalismo.

En contraste con las tesis que, desde la invasión rusa de Ucrania, intentan explicar la reimprialización en marcha y el revisionismo ruso recurriendo a explicaciones en clave exclusivamente ideológica, o mediante una «putinología» u otras analogías históricas superficiales, este libro sostiene que el legado imperial zarista y comunista es lo que impulsa las ambiciones geopolíticas y la conducta internacional de Rusia, así como la deriva autoritaria de su gobernanza. El Kremlin apela a la era imperial como marco de referencia y fuente de inspiración para fundar una nueva legitimidad política interna y externa, y de esta manera justificar su

presencia en territorios que fueron parte del Imperio zarista y/o de la URSS.

Las explicaciones que subrayan las causas ideológicas (o políticas) sostienen que Rusia quiere dominar a sus vecinos y desafiar el orden internacional porque es un Estado autoritario que rechaza los principios de la democracia liberal.<sup>14</sup> Esta visión se arriesga a pasar por alto todos los elementos que produjeron su sistema político, así como a ignorar que otros Estados con sistemas políticos similares, por ejemplo Bielorrusia, no son potencias revisionistas. El sistema autoritario no es suficiente para explicar la conducta de Rusia, porque esa explicación implica, erróneamente, que sólo un cambio de Gobierno reconciliaría a Rusia con el orden mundial existente. Rusia, al invadir Ucrania en 2014 y 2022, ha elegido tanto empezar una guerra como abrir una confrontación con Occidente que probablemente durará mucho tiempo. Las fuentes de hostilidad que nutren la agresión contra Ucrania, así como el conflicto con Occidente, se encuentran principalmente dentro de Rusia. Además, trascienden los objetivos y estrategias de Vladímir Putin, porque el germen principal del revisionismo ruso está en los problemas creados durante el colapso de la Unión Soviética, en la reemergencia de su legado imperial y en su fracaso en convertirse en un Estado-nación. Cualquier dirigente ruso que hubiera sucedido a Borís Yeltsin habría tenido que enfrentarse a ellos. Quizá otros líderes lo hubieran gestionado de forma diferente, pero no necesariamente mejor desde la perspectiva de Occidente o desde el punto de vista de los rusos.

Los «putinólogos» interpretan la guerra en Ucrania como un asunto personal de Vladímir Putin. Desde mediados de los 2000, los debates públicos en Europa y Estados Unidos se centraron progresivamente en su persona para entender a Rusia. Por su pa-

14. Michael McFaul, *From Cold War to Hot Peace; An American Ambassador in Putin's Russia*, Nueva York, Harper Collins, 2018; Timothy Snyder, *The Road to Unfreedom: Russia, Europa, America*, Nueva York, Tim Duggan, 2010.

sado en el KGB y por diferentes teorías conspirativas.<sup>15</sup> Se trataba de una serie de especulaciones sobre la personalidad e intenciones del presidente ruso que se basaban en hipotéticos diagnósticos de sus desórdenes mentales, de su «inseguridad profunda» o de su actitud «desquiciada y emocional» en relación a Ucrania. En su carácter arrogante, autosuficiente, pero también hipersensible, cleptocrático, autoritario y codicioso. En febrero de 2015, un informe encargado por el Pentágono sugería que el estilo autoritario de Putin y su extremo control emocional son síntomas de la enfermedad que sufre: «alguna forma de autismo».<sup>16</sup> Vladímir Putin es la figura central de la vida política de Rusia, con un poder político sustancial, y disfruta de mucha popularidad, pero la «putinología» no es suficiente para entender ni siquiera al propio Putin,<sup>17</sup> y menos a Rusia. La elección de Vladímir Putin como sucesor, por parte de Yeltsin, en 1999 fue un tácito reconocimiento del fracaso en la transición democrática en Rusia. Su llegada al poder significó que había que afrontar la crisis económica y política en Rusia. Las respuestas de Putin a estas crisis fueron la revisión de la estructura política y territorial de la Rusia postsoviética, de la identidad nacional rusa, de los acuerdos con las exrepúblicas soviéticas y del orden liberal internacional. Estas cuatro respuestas revisionistas están entrelazadas, pero también pueden considerarse independientemente. Su interrelación, como se ha demostrado en la guerra en Ucrania, representa un serio problema para el orden liberal internacional.

Las analogías históricas son numerosas y superficiales: se ha comparado la Rusia postsoviética con la Alemania de Weimar, o

15. Stephen Kotkin, «Sticking power», *Times Literary Supplement*, 2 de marzo de 2012.

16. Alan Yuhas, «Pentagon thinktank claims Putin has Asperger's- has Putinology gone too far?», *The Guardian*, 5 de febrero de 2015.

17. Mucho mejor que cualquier diagnóstico sobre Vladímir Putin son las entrevistas en las que el presidente ruso se autorretrata, recogidas en *First Person. An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia's President Vladimir Putin*, Nueva York, Public Affairs Reports, 2000.

con el «Tiempo de turbulencias», en referencia a un periodo histórico ruso de finales del siglo XVI y comienzos del XVII. Otras analogías, más específicas, comparan (muy erróneamente) el juicio a las Pussy Riot (el grupo punk que cantó en el altar del templo de San Basilio en Moscú) con el caso Dreyfus en Francia.<sup>18</sup> La anexión de Crimea se equiparó a la de los Sudetes en 1938 y a Putin con una larga serie de autócratas y dictadores como los zares Iván el Terrible, Pedro el Grande, Nicolás I y Nicolás II, o con Stalin y Hitler, para dar la imagen de un supervillano digno de cualquier película de superhéroes que, sin embargo, no puede explicar el revisionismo y el revanchismo de un Estado posimperial en declive.

Las invasiones rusas de Ucrania, tanto en 2014 como en 2022, revelaron que Rusia había fracasado en su intento de influir sobre aquella república y mantener así un Gobierno afín al Kremlin, por lo que decidió ocuparla usando la fuerza militar convencional. El Kremlin se ha justificado alegando la necesidad de «proteger a los compatriotas» rusos y rusohablantes amenazados «por el Gobierno nazi» de Ucrania, y porque «los rusos y ucranianos eran un solo pueblo», en palabras de Vladímir Putin.

Como afirma el historiador británico Geoffrey Hosking, a diferencia del Reino Unido o de Francia, que poseyeron sendos imperios coloniales, Rusia ha sido en sí misma un imperio. El Reino Unido y Francia se convirtieron en Estados-nación cuando perdieron sus imperios. Rusia no lo logró al desaparecer la URSS. Ya en 1994, en plena euforia del «fin de la Historia», Henry Kissinger observó que Rusia representaba una amenaza potencial para Occidente, porque posiblemente comenzaría un proceso de «re-imperialización» para preservar sus zonas de influencia en el espacio postsoviético. En 2008 Moscú invadió la exrepública soviética de Georgia, para «proteger a los compatriotas» –la población

18. «Weimer Rusia? Why post-Soviet authoritarianism did not turn Fascist?», Wilson Centre discussion, 15 de noviembre de 2011; John Lough, «Pussy Riot's stunning victory over Putin's bureaucrats», *Telegraph*, 14 de agosto de 2012.

rusa en las regiones de Abjasia y Osetia del Sur-, en marzo de 2014 se anexionó Crimea y comenzó la guerra en el sureste de Ucrania, en la región de Donbás, y en febrero de 2022 intentó apoderarse de todo el territorio ucraniano.

La desintegración de los imperios genera tensiones por dos motivos: por los intentos de sus vecinos de aprovechar la debilidad del poder imperial y por los esfuerzos del imperio decadente para restablecer su autoridad en las zonas fronterizas. Ambos procesos han estado ocurriendo simultáneamente en los Estados sucesores de la antigua Unión Soviética. La actual deriva posimperial de Rusia se refleja en la revisión de su estructura política y territorial, de la identidad nacional rusa, de los acuerdos con las exrepúblicas soviéticas y del orden liberal internacional. Estas cuatro políticas revisionistas se legitiman en su legado imperial, en particular en: 1) la ambigüedad sobre la naturaleza de la identidad nacional, 2) la «política de la diferencia» (las políticas imperiales no buscan la uniformidad étnica, lingüística, religiosa o institucional, sino que manejan la relación entre centro y periferia a través de un abanico de acuerdos negociados, incluidos los diferentes grados de autonomía e integración política), 3) la persistencia en la ambición por influir en los espacios posimperiales en 1921 y en 1991, 4) militarismo, antioccidentalismo y excepcionalismo ruso, y 5) el papel de la Rusia imperial (zarista y comunista) desde las guerras napoleónicas como uno de los pilares del orden mundial, lo que choca con la actual obsesión del Kremlin por destruirlo.

La diplomacia del siglo XIX ralentizó la descomposición del Imperio otomano, impidiendo que desembocara en una guerra general; la diplomacia del siglo XX no consiguió contener las consecuencias de la desintegración del Imperio austrohúngaro, que fue una de las causas del comienzo de la Primera Guerra Mundial. La Segunda Guerra Mundial, causada por las ambiciones imperialistas de la Alemania nazi, supuso el final de los imperios ultramarinos de las potencias europeas. El tiempo dirá si la diplomacia del siglo XXI será capaz de impedir o contrarrestar los con-

flictos que originan los países posimperiales de manera que no se desate otra guerra mundial. Este libro pretende ser una pequeña contribución para comprender mejor dicha acción diplomática. Pero antes de eso es necesario definir los conceptos claves que aparecerán en estas páginas: imperio, legado imperial, Eurasia, Estado-nación y «discurso de la nación», interés nacional de Rusia, «Estado-civilización», orden mundial, orden liberal internacional, potencias revisionistas y «Sur global».

**Imperio:** El concepto de imperio está cargado de connotaciones negativas debido principalmente a los procesos de descolonización del siglo xx. Decir que un Estado es un imperio equivale a sugerir que es malvado, anacrónico y que está destinado a desaparecer. De hecho, en marzo de 1983, en un discurso, el presidente estadounidense Ronald Reagan se refirió a la Unión Soviética como un *evil Empire* («imperio del mal» o «imperio maligno»). El concepto de imperio es escurridizo. Frecuentemente imperio e imperialismo se usan como sinónimos y se los entiende como una antítesis del Estado-nación, porque la mayoría de los Estados europeos empezaron a existir como imperios. Aquí se comparte la definición de imperio de Valerie A. Kivelson y Ronald Grigor Suny,<sup>19</sup> que habla de un sistema político definido por cuatro rasgos principales: 1) es gobernado por un soberano autócrata que no responde ante ningún poder terrenal y que reivindica la soberanía absoluta, 2) en la mayoría de los casos, es una entidad política que gobierna un vasto dominio compuesto por un conjunto de tierras y pueblos dispares, generalmente subyugados mediante la conquista, 3) se basa en relaciones de poder jerárquicas y desiguales entre una metrópoli privilegiada, es decir, el centro, y unas periferias desfavorecidas y subordinadas, y 4), lo más importante, su forma de gobierno se ejerce a través de la diferencia y no de la integración o la asimilación. El imperio es una forma de gobierno ba-

19. Valerie A. Kivelson y Ronald Grigor Suny, *Russia's Empires*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

sada en la conquista y mantenida a través de la diferencia entre la institución gobernante y sus súbditos, así como de la subordinación de la periferia al centro imperial. Mediante la conquista y la fuerza, los centros imperiales usurpan el autogobierno y/o la soberanía de los súbditos, los pueblos y las entidades políticas. Pero un imperio también es una «empresa negociada». En otras palabras, un imperio es un centro con muchas periferias desconectadas, un sistema de centro y radios «sin fronteras». La extensión territorial de un imperio, definida únicamente por la subordinación a una autoridad central, es siempre cambiante, impulsada por la lógica de la expansión perpetua. Dentro de este sistema, la autoridad fluye desde el centro, mientras que los ingresos, los siervos y otros bienes fluyen desde las periferias hacia el centro. El dominio imperial también moldea la estructura interna de las periferias, transformando sus instituciones políticas y estructuras sociales. Por tanto, los legados imperiales son visibles no sólo en el centro de los antiguos imperios, sino también en sus periferias, donde la cultura y las instituciones convergen con las del antiguo centro.

En Rusia, como en Francia e Inglaterra, las ideas y las estructuras del poder imperial coincidieron con el sentido de la identidad nacional, y a menudo lo reforzaron. A partir de los siglos XVI y XVII, Rusia, Francia e Inglaterra fueron «naciones imperiales», esto es, la identidad colectiva de los gobernantes y los gobernados dependía de las ambiciones y los objetivos del imperio. Aunque en los siglos posteriores nación e imperio irían en direcciones opuestas –la nación hacia la homogeneización y el imperio hacia la diferenciación–, paradójicamente los dos procesos de construcción de naciones y formación de imperios se desarrollaron simultáneamente, solapándose y produciendo tensiones, contradicciones y problemas de gobernabilidad. En el siglo XIX, construir naciones dentro de los imperios requería un grado de uniformidad que convertía la convivencia entre diferentes etnias en una tarea muy difícil, porque, parafraseando a Benedict Anderson, la piel fina y corta de la nación tenía que estirarse sobre el cuerpo gigantesco del imperio.